



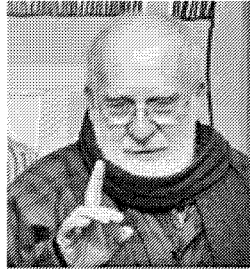
**El pianista Bruno Ordozgoiti y el trompetista Óscar Ybarra, nieto y sobrino de Camín respectivamente, participan hoy en un homenaje al artista**

# Notas para el recuerdo

JORGE RODRÍGUEZ GIJÓN

Cuenta su hermana Conchita Rubio, de 77 años, que a Joaquín le gustaba sentarse a improvisar con su teclado. Apasionado del jazz y de la música clásica -su nieto Bruno cita al pianista Oscar Peterson como uno de sus favoritos-, la confluencia de estos dos estilos musicales, representados por dos familiares suyos, se antoja como una sentida fórmula para recordar al creador gijonés. Óscar Ybarra, hijo de Conchita y sobrino de Camín, nació en 1969

en Nueva York. A los seis ya tocaba la trompeta, influido probablemente por la destreza de su padre, Ramón Ybarra, con la guitarra. Considerado «uno de los mejores guitarristas cubanos», como dice su viuda Conchita, su profesión de nómada como artista y profesor le hizo llevarse a su familia a Norteamérica. Allí, dice Conchita, sus tres hijos (Ramón, Óscar y Ana) estudiaron música desde que empezaron a dar sus primeros pasos. Luego, según el devenir de los años, cada uno decidió por donde quería discurrir su camino. En el caso de Óscar y des-



Joaquín Rubio Camín. / P. UCHA

pués de varias aventuras, llegó a convertirse en el trompetista de un grupo español con reminiscencias a Tom Waits, sobre todo, por su nombre: Mariango.

Entre anécdotas y pinceladas de cotidianidad, Conchita relata con mimo los detalles biográficos de la música en su familia. «En una ocasión, mi hijo Ramón consultó con Joaquín. Él tenía dos metas en la vida, la música clásica -tocaba el piano- y el teatro. Entonces, Joaquín le contestó que la decisión sólo la podía tomar él». Al final, Ramón escogería el teatro y el cine, dos disciplinas que le han llevado a Londres, donde está ahora mismo.

En cambio, Ana Ybarra, hija de Conchita, mantiene un trato directo con las notas. Lo hace en la coral 'Voces de Castilla', en Segovia, como contralto en la formación castellana. Camino escogido también por su madre, solista en el pasado y en el presente, como lo demuestra su participación en la actualidad en la Polifónica Gijonesa y en el Conservatorio. Sin duda, los apellidos Rubio, Ybarra y Camín están ligados las artes, en una u en otra dirección, como también lo confirma otro caso: el de su nieto, Adrián Molinos, integrante de un grupo musical en Londres. Su abuelo, Rubio Camín dio lustre, durante muchos años, a la pintura, fotografía, escultura y diseño. Dejó un legado -el artista infinito como lo conocían algunos- en el que también el Evaristo Valle está presente.

En la tarde-noche gijonesa, y con el nombre de 'Recordando a Camín', el artista gijonés volverá a la mente de unos y otros. La proyección de un vídeo y la intervención de amigos y personas cercanas a él serán los precedentes para el recital musical en el que participarán su nieto, Bruno Ordozgoiti, y su sobrino, Óscar Ybarra.

La música volverá entonces a ocupar el primer plano, el mismo protagonismo que acaparaba en las conversaciones que mantenían tanto Bruno como Óscar cuando hablaban con Joaquín. «Era una persona a la que admiraba, por ser artista y poder hacer lo que quería, cuando quería y como quería. Cuando era 'guaje', le veía y me decía a mí mismo que me gustaría poder vivir del arte como él», evoca Óscar, influenciado por los diálogos con

su tío. Reconoce que cuando venía por Asturias siempre le gustaba visitarle, fascinado «por su manera de hablar y de ver la vida».

«Le contaba lo que hacía, él me comentaba que hacía tiempo que no oía el fliscorno...», recuerda su sobrino, que revela alguno de los temas que abrigarán la memoria del artista esta tarde-noche. 'What a wonderful world', eterno para siempre en la voz de Louis Armstrong, era uno de sus temas favoritos. En honor a su memoria, y junto a otros clásicos de jazz y unas gotas de blues, Ybarra lo interpretará mientras comparte escenario con Bruno Ordozgoiti, uno de los nietos de Rubio Camín.

Pianista de profesión -'ameniza' el Ritz de Madrid- recuerda alguna que otra pincelada de aquello sobre lo que charlaba con su abuelo: «Desde que se enteró que yo me iba a dedicar a la música, me hablaba de lo que él hacía con su teclado y nos intercambiábamos discos».

Precisamente, uno de los discos que su abuelo le regaló revitalizará su figura en la velada. «Es una selección de obras de Albéniz, tocadas por Esteban Sánchez. Me dijo que nunca había escuchado algo igual». Bruno recuperará, en el homenaje algunas piezas de aquella obra, aunque reconoce que no será fácil. «Va a ser difícil contenerse, su pérdida está reciente y mucha gente lo quería. Aunque también sería bonito que alguien expresase sus emociones».



ÓSCAR YBARRA. El trompetista de Mariango acompañará a Bruno en los temas de jazz. / P. CITOUA



BRUNO ORDOZGOITI. Interpretará al piano una selección de obras clásicas y de jazz. / B. O.

## De Valdediós al Museo Evaristo Valle

J. R. B. GIJÓN

A partir de las ocho de la tarde, el museo gijonés al que tan vinculado estaba el creador será punto de referencia obligada con 'Recordando a Camín'. El homenaje, que reunirá a amigos y familiares, se abrirá con la proyección de un vídeo rodado entre Valdediós y la Fundación Museo Evaristo Valle en 1963. Al fragmento audiovisual proseguirá el recital musical interpretado por Óscar Ybarra (trompeta) y Bruno Ordozgoiti (piano), con piezas de jazz y música clásica. Además, en el homenaje habrá intervenciones de amigos y personas afines al artista, como Francisco Zapico y Miguel Mingotes, entre otros.

MARTES SIN PÁJAROS

## ADOLFO GARCÍA ORTEGA

TIENE gafas de haberlo leído todo, melena lateral de viejo dandy de lo literario o músico bohemio/callesero del abecedario; una discreción de aquel que no prodiga imagen en libros ni entrevistas. Es uno de los altos jefes del Imperio Planeta, director de todo el área de ficción, pero su obra ha ido por otro lado, en editoriales minoritarias, autor de culto y exquisito, constantemente quitándole importancia a

cuanto hace y publica. Con 'El comprador de aniversario', que ahora publica Seix Barral, galardonado hace un par de años con Premio Dulce Chacón de Narrativa, ha dado el salto mediático. La obra, por sí sola, merecería el Nobel. No solamente es la reivindicación de unos valores humanos básicos, sino que hay toda una poética del infierno nazi, en pos de un niño con las piernas deformadas y con el correspondiente número

de serie tatuado del que conseguimos enamorarnos: 'Hurbiniak' (protagonista, a su vez, de ciertas escrituras de Primo Levi). En una lectura mucho más profunda, el libro es el retrato de todos aquellos que sobrevivieron a Auschwitz, o lo que puede suponer para un intelectual superar una convulsión social de este tamaño, sin que pueda llegar a lograrlo (recordemos el suicidio, años después, del mismo Levi). La obra se estruc-

tura en varios capitulillos cortos que hace la lectura velocísima, grata, siempre bajo una poética del mal: «Se ve su cabeza mal rapada, con llagas, pero bajo la manta se perciben sus pulmones que suben y bajan y luego nada, como si ya no hubiese cuerpo más allá de ese pequeño tórax».

Sus delgadas piernas parecen aplastadas, inexistentes, de mentira» (página, 29). García Ortega ha hecho una novela sobre la importancia del verbo cuando la vida está en juego. Cita a Benjamín: «Decía Benjamín que a medida que nos hacemos viejos, las palabras impactan más, e incluso

una sola palabra, por imposible que sea, puede impactar tanto como para abrir una etapa nueva, incluso la definitiva» (página, 152). Cita a Jean Améry: «La palabra cesa en cualquier lugar donde una realidad se impone como forma totalitaria». De todo esto va este libro: cada vez más lejos de la literatura, o la palabra escrita, e hirviente de vida. Un texto que, sea cual sea nuestra sensibilidad, nos lo hace chirriar todo por dentro.

Diego Medrano

